

## **Del por qué del género negro. Aquí y ahora.**

Antonio Malpica

Algunos meses antes de que apareciera mi novela "Siete esqueletos decapitados", coincidí con Daniel Goldin, mi editor en Océano, en una reunión. En cierto momento de la noche, uno de los invitados nos preguntó, con toda la seriedad posible, si en verdad pensábamos mantener el título de la novela, dadas las últimas noticias de ejecuciones que corrían por el país. Para ser sincero, yo también había abrigado esta duda e igualmente me mortificaba la conveniencia de mantener el nombre. De pronto me parecía que la novela podía ser satanizada nada más por el título o, al menos, de ser tachada de poco sensible a los acontecimientos que todo México estaba viviendo. En mi descargo diré que, aunque el título lo sugerí yo, cuando terminé la primera versión de la novela todavía no había tantos descabezados en las páginas de los diarios. O no tan visiblemente. Y el título obedecía a un simple arrebató de dar con una frase poderosa y sí, lo suficientemente macabra como para llamar la atención del mercado lector.

Ante la inquietud del curioso -y mi mirada de soslayo- Goldin sólo se limitó a encogerse de hombros, como si eso no tuviera ninguna importancia. Es buen título, dijo. Y hasta ahí llegó el alegato.

Nuevamente en mi descargo diré que, si hubiera habido tanta cabeza sin cuerpo en las noticias cuando terminé la novela, muy probablemente habría sugerido otro título. Pero con ese la mandé a la editorial. Con ese se quedó el editor. Y con ese se le puede comprar en todas las librerías.

Naturalmente, esto no obstó para que, dado el número de testas que el narco estaba haciendo rodar, a mí no dejara de quitarme el sueño -más allá de los demonios que incordio en las páginas de mi obra- el que algún pesado lleno de ínfulas surgiera de las sombras para lamentar que, no contentos con todo lo que está ocurriendo en el país, todavía hubiera autores que se atrevieran a engalanar tales tragedias en letras con brillitos rojos sobre portadas negras, como si fueran un chiste y no algo que mereciera el trato de bandera a media asta, el rumor callado de los lutos nacionales y hasta el ominoso peso de lo que no se saca a cuento en las charlas después de misa, so pena de hundirlas en un silencio de muerte.

Y si a todo esto le añadimos el ribete de que los decapitados del libro del tal Malpica son niños entre 12 y 15 años, no sé cómo es que no lo han deportado a Siberia, diría una señora levantando una ceja. Será porque no lo quieren ni en Siberia al cabrón, respondería otra meneando la cabeza.

Lo cierto es que la novela salió, con tal título; el sueño se me fue por algunas noches; y luego, acaso porque nadie la satanizó realmente, nadie se volcó en oprobios (todavía), volví a pegar el ojo.

Y santas y sangrientas pascuas.

Pero el expediente me obligó a reflexionar sobre los motivos de escribir novela negra en este país. O en cualquiera. En estos tiempos. O en los que sean. Porque, si somos estrictos, todo lo que se trata y retrata en tan sombrío género va sobre incidentes lamentables. Incidentes con los que nadie quisiera tener nada que ver. Crímenes, robos, fraudes, asesinatos... ¿por qué alguien querría escribir sobre tales cosas? ¿Qué les pasa a esos tipos?, diría la misma señora de más arriba. Seguro que algo no les funciona bien en la azotea. Ya quiero ver que a alguien en su familia le pase lo que cuentan en sus novelas, a ver si andan escribiendo tan gustositos de tan espantosos horrores y tan horrorosos espantos...

Y es que, bien visto, probablemente sea cierto. ¿Qué necesidad de andar hablando de todo eso que, en el mejor de los casos, en el mejor de los mundos, no debería ni existir? A recientes fechas, ahora que el verdadero terror nos visita en México -ese que te dice que te puedes morir mañana mismo por una bala perdida, ya sea de un soldado bizco o un narco distraído-, ahora que el verdadero miedo nos visita en las calles, nos damos cuenta de que sí, que en efecto, todo eso no debería ni existir.

(Lo que me recuerda las palabras de un amigo mío del norte cuando le pregunté cómo les iba con el cambio de partido: "¿La verdad? Pos pa mí que estábamos mejor cuando estábamos peor").

Así que... ¿por qué escribir sobre todo eso que sólo revela lo peor del alma humana, evidencia la podredumbre en la que hemos caído, saca todos los trapos mugrosos al sol y con toda seguridad no hará otra cosa que sumir al lector en el total espanto, aterrado para siempre de abandonar su casa después de las siete de la noche?

¿Por qué escribir novelas/cuentos/guiones que ponen en entredicho al gobierno, al sistema judicial, las policías a todos los niveles, a los detectives privados (que en gran medida terminan siendo panzones, prediabéticos, fumadores, ex comunistas y nostálgicos de Avándaro)?

¿Por qué?

Se me ocurren muchas respuestas.

Pero la primera y la más importante... porque la literatura no tiene la culpa.

Homo homini lupus. O, como quien dice, lo gandalla se mama en la cuna. No es algo que hayamos descubierto hace dos días. Y tanto los griegos con sus venganzas filicidas,

parricidas y fraticidas, como el bardo de Avón con sus dagas, espadas y venenos, lo manifestaron incluso en lenguajes mucho más poéticos que los que nos ocupan hoy a nosotros, con nuestras historias de narcotráfico, desgreñe y corrupción.

No, la literatura no tiene la culpa. La historia universal está plagada de homicidios, atropellos, violaciones, abusos. Sirvan las guerras médicas, las guerras floridas, las guerras púnicas, las guerras tribales, las guerras napoleónicas, las dos grandes guerras, la guerra de los seis días, la guerra de los cien años, la guerra de los pasteles, la de secesión, la de los balcanes, la de Vietnam, la de Corea, la de Irak y la del fútbol como primera muestra de lo que somos capaces de hacernos entre nosotros cuando no nos ponemos de acuerdo con un brindis amistoso. Sirvan Landrú, Jack el destripador, Gilles de Rais, Isabel Bathory y las Poquianchis como segunda muestra de lo que somos capaces de hacernos cuando no nos animamos a ir al siquiatra a tiempo. Y la literatura... ¿ya lo dije?... no tiene la culpa. Es más, no sólo no tiene la culpa sino que hasta tiene la obligación, sí, de abrir la boca.

De un modo poético... ensayístico... o, de un modo lúdico. ¿Por qué no?

Porque es la labor del arte. Sin más.

Aquí no faltará el que de nueva cuenta levante la ceja, preguntándose si de veras es arte un libro que no deja de decir todo el tiempo "pinches chales" y "pinche Martita", pero bueno, cada quien sus traumas y sus acepciones.

Es labor del arte reparar en el mundo y ponerlo bajo la lupa. Aun los recovecos esos incómodos que uno no quisiera enfrentar porque causan molestia, obligan a desviar la mirada y matan a tiros la plática matronal que sigue a la misa de seis. Aun esos pliegues oscuros de la condición humana. Que la mató porque la amaba. Que lo apuñaló por traidor. Que le esquilmó toda su lana el muy méndigo. Y tan serio que se veía, comadre. Tan buena gente, sí.

Porque basta con que exista la posibilidad de que un ex estudiante de leyes tenga los tamaños y se despache a una abuela por unos cuantos kopeks para que surja la obra, se immortalice y hasta se haga película en su momento. Más datos con un tal Dostoievsky.

Cierto. Que la acuchillada fuera mi abuela. O la de cualquiera de los asistentes y ya cala. Ya molesta.

Pero aquí es donde surge cierta diferencia fundamental que permite al arte la maniobra.

Porque es hartito posible que ahora mismo muchos se estén preguntando cuán válido es "entretener al gran público" con descuartizamientos, electrocuciones, carnicerías, tiroteos, degüellos y demás detalles festivos de un cartel de Dario Argentó. Y es entonces que la

diferencia de la que hablo se levanta en el horizonte como el humo de una Colt recién descargada.

La diferencia, monumental, sí, entre la ficción y la realidad.

Esa diferencia en la que no siempre reparan los que prefieren mirar hacia el estante de los libros de autoayuda y superación cuando surge el tema del porqué del género negro.

Y es esta: la ficción no ocurre. No pasa. No corta la luz del sol. No tapa el viento. No la puedes patear ni vender en el mercado. No la puedes cambiar por taparrosas. No la puedes usar para detener la puerta ni para destapar el escusado.

En pocas palabras: No hay tal. La ficción... no existe.

La realidad, en cambio...

Señores del estante de Og Mandino y Napoleón Hill, les tengo malas noticias. (O buenas, según): toda la sangre que adorna las portadas de los libros policíacos del estante de enfrente es de mentiras. Tinta nada más. La catsup de las películas del santo tiene mayor sustancia que toda la sangre que escurren las páginas de "El perfume" de Suskind.

Hace algunos años, en cierta plática con algunos parientes míos cuyos nombres no vienen a cuento, me pareció de sumo interés que, a la pregunta entre qué fuerza militar se merece el título de la más ruin y detestable entre el Tercer Reich y las Fuerzas Imperiales de La Guerra| de las galaxias, prácticamente todos se lo concedieron sin chistar a Hitler y sus compadres. Aquí vale la pena una pausa melodramática para apuntar, luego de una chupada al cigarro o un sorbo al café que el jefe Tarkin, el patrón de Dart Vader, destruyó un planeta entero de un botonazo y sin que le temblara la mano. Dicen los estudiosos que se perdieron, en unos segundos, casi dos mil millones de almas. No que Hitler sea un bombón a su lado, pero acabar con un planeta, por lo visto, tiene lo suyo...

Y bueno... también hay que ser un poco geek para sostener este tipo de pláticas.

Pero no para comprender la diferencia, que está ahí, a la vista de todo el mundo.

La ficción puede hacer eso y más. Acabar con dos mil millones de un manotazo.

Uno o cien planetas enteros.

Cientos y cientos de hombres, mujeres, niños.

Ríos de sangre. Montañas de vísceras. Marejadas rojas inagotables que cubran al universo entero.

En realidad... no importa.

Afuera, en la realidad, ahí donde sí pega el sol, no se extrañará una sola alma.

Y hasta habrá quien disfrute de la posibilidad de una maldad así de suprema sin perder el ritmo en el ataque a su bolsa de palomitas.

Nadie verá con malos ojos a alguien en la calle vestido de Dart Vader. Y hasta no faltará quien le envidie el atuendo. En cambio, intenta pasearte un sábado por Masaryk con una suástica en el pecho, ya no digamos disfrazado del führer en pase de revista.

Uno y cien y mil planetas enteros.

Dos mil millones de almas.

Ciento veinte días.

Porque acaso el que mejor comprendió todo esto y que no dejó de darnos lecciones al respecto fue el tan visitado Marqués de Sade. Comprendió que en la literatura se pueden transgredir todos los límites porque... pues sí, en el terreno de lo fantástico, curiosamente, no hay límites. Y si se puede hacer levitar un carruaje con un golpe de tinta, mucho más alegremente se puede hacer que una doncella soporte todo tipo de vejaciones sin perder un centímetro de lozanía o redondez.

Lo mismo Apollinaire, quien sometió a su príncipe Mony al terrible castigo de once mil soldados japoneses que... once mil soldados que...

En fin. Es la labor -ejem, sí- del arte.

Y hasta me parece ver al maestro francés frente a la máquina de escribir dudando. ¿Dos mil? ¿Cinco mil? ¿Diez? ¡Bah! ¡Once mil! Al fin que jamás habré de encontrármelo al cabrón en la calle.

El truco es sencillo. Contar como si fuese posible. Hacer creer que acaso sea posible.

Y todo con el fin de la confabulación autor/lector de gozar (con perdón) del mismo viaje. Aceptando los cánones sin discutirlos y emprender la aventura subidos en el mismo burro, únicamente porque la historia lo amerita (balazos o no, borbotones de sangre o no, muertes pavorosas o no).

Todo para, al final, cerrar las portadas y seguir con la vida propia sin ayuda ni menoscabo del relato abandonado. Es decir que, no por leer a Justine habrá que emprenderla a latigazos contra nuestra mujer. Ni por leer a Mario Puzo habrá que negociarlo todo blandiendo "ofertas imposibles de rechazar". La ficción es imaginación y pertenece a ese terreno. Y lo que ocurre afuera, ahí donde el viento pega en la cara y los impuestos nos incordian cada día 17, es harina de otro costal.

Ni Salinger mató a Lennon ni Manson a los de Columbine. Y no por mucho jugar Resident Evil vas a acabar descuartizando.

La culpa de los horrores que acontecen en la realidad no recae en la ficción, por muy espantosa que ésta pueda tornarse. Y el hecho de que las pesadillas se estén saliendo de los ámbitos del cine, la tele o las novelas no tiene que ver con ninguno de éstos. Más bien... con

las malas administraciones, las pésimas decisiones de nuestros gobernantes, la manutención sistemática del vicio y la corrupción... en fin, esas linduras dignas de un cromó de Jesús Helguera, pero nunca con todo aquello que, los de este lado, nos esforzamos tanto por relatar. (Decapitados o no de por medio... ¡uf!).

Alguna vez me contó BEF que estaba seguro de que, si algún narco leía su "Tiempo de alacranes", sería para pitorrearse de él. Es posible. En todo caso, hubiera sido lindo mandarle un ejemplar al Mayo Zambada ahora que se sentó a comer totopos con Julio Scherer y pedirle su opinión. Considero altamente probable que dijera: "me gustó". Y luego: "Claro que... bueno... estas cosas no pasan". "Son ficción. Mentiras, pues."

Que es lo que hacemos los de este lado. Contar mentiras como si no lo fueran. Y pugnar por que, el que toma nuestros libros, se anime a la complicidad de creérsela por un ratito. Y luego, seguir con su vida.

Es decir, sí, escribimos cosas horribles. Y nos regodeamos en las espantosas posibilidades. Tratando, siempre, de capturar al miedo en nuestras páginas. Acotarlo. Delimitarlo. Encerrarlo y que se pudra entre nuestras portadas. Porque una cosa es inventar un estrangulador y otra toparte con Goyo Cárdenas en la calle. Ahí sí que ya no jugamos.

Así que no sólo vale la pena escribir de lo que pasa y hasta lo que no pasa o podría pasar en una realidad como la que tenemos encima. México y el mundo. Ahora y siempre.

Porque la ficción no contamina la realidad sino al revés.

Porque la literatura no tiene la culpa.

Porque en un país como el nuestro, debe dar más miedo un libro cerrado que un libro abierto.

Y porque bueno... al final... en serio, no se asuste amigo, suelte tantito ese libro de "Quién se robó mi chingado queso". Le juro que no hay misterio que resolver entre sus páginas, ha de haber sido el pinche mayordomo. Mejor agarre uno de este lado, uno de estos que huelen más a pólvora. Que no lo asusten nombres como Mendoza, Taibo, Hagenbeck o Moch; si los conociera, viera que son incapaces de patear un perro, cuantimás de iniciar una conjura internacional. Ándele. De veras no se asuste. ¿Qué no ve que los libros son como Las Vegas? Todo lo que pasa en los libros... se queda en los libros.